

trar en la Religion la tenia escogida para grada del Mexicano Trono, y que era una de aquellas seis; à cuyos hombros passaba su Magestad las Cruces de la Fundacion, como vimos en la primera parte, y en el capitulo undecimo de esta segunda.

Estando ya señalada la Venerable Madre para Fundadora, fuè admirable, y de mucha ternura el dia que salió de el Convento de Toledo con sus compañeras, para dár principio à su jornada. Llegò la madre de Sor Teresa à aprisionar à su hija con los brazos para detenerla, luchaba la hija por librarse de los cariñosos lazos de la madre para ausentarse; porfiaba la madre, y mas, y mas se resistia la hija; el natural amor daba fuerças à la madre, para estorvar los pasos de su hija, el espiritual afecto aumentaba el vigor en la hija, y así venció las cariñosas porfias de su madre, y fallò victoriosa de la lucha, apartandose de padres, patria, y parientes, para venir à esta tierra, que la destinò la Providencia.

En la navegacion fuè constante en padecer, no solas aquellas incomodidades, y peligros comunes de los Navegantes, sino tambien otros especiales trabajos de ardientes calenturas, y un continuo mareo, que le durò todo el viage, hasta desembarcar en la Veracruz; y lo mas notable, y admirable fuè, que la mandò la Prelada, que con otra Religiosa saliera de la camara de popa à el corredor de el navio; y apenas havian salido, quando una furiosa, y decompasada ola del mar se llevó consigo, no solamente el corredor, sino tambien à Sor Teresa; que como salió por la obediencia, en premio de ella, el embravecido mar la volvió adentro de la misma embarcacion, libre de todo daño: caso tan admirable, que dixo el Capitan de el navio,

que no podia ser natural, sino  
milagroso.

## CAPITULO XXIV.

## DE SU ORACION, Y HUMILDAD.

SI en el Convento de Toledo fuè la Venerable Madre exemplo à las Religiosas, en el de Mexico fuè norma para el exercicio de las virtudes. En la de la oracion fuè singular por el alto grado de contemplacion à que llegó, que fuè el que dice la Doctora Mística Santa Teresa de Jesus, que es un elevarse, ò levantarse el alma sobre si misma, supucita la union de sus tres potencias con Dios, que es quando el alma està, no en si, sino en el techo, ò texado de si misma, y de todo lo criado, en donde està sin los consuelos de la tierra; porque no los quiere, y sin los del Cielo, porque el que le viene de allà es para mayor tormento, pues le acrecienta mas el deseo; y así està crucificada entre el Cielo, y la tierra en aquella soledad. En este grado de contemplacion se hallaba Sor Teresa, elevada sobre si misma, sin admitir consuelo de la tierra, porque solo buscaba à Dios; sin tenerlo del Cielo, porque el que tenia era para mayor tormento, pues à el passo que crecia entonces el conocimiento de su amado Esposo, crecian tambien los afectos, y deseos; y estos la atormentaban, y afligian, viendo, que no alcanzaba lo que con tan ardientes ansias deseaba. Solia explicar la Venerable Madre este modo de padecer, comparandolo à la pena que tendria un hombre muy codicioso viendo en la profundidad de un caudaloso rio una joya de inestimable valor, y que no pudiendo conseguirla, le afligiria grandemente la imposibilidad de alcanzarla; en que declara la Venerable Madre las grandes ansias, y fervorosos deseos que tenia su ardiente corazon, por ver à su amado Esposo.

Era su oracion tanta, que era continua: bien pudieran  
tes.



testificar esta verdad aun las mismas paredes del Coro de Mexico, en donde gassaba en oracion los dias, y las noches enteras; tanto, que se admiraban las Religiosas de que habiendola dexado en el Coro à la media noche, quando volvia à la mañana todavia la hallaban en el, y continuaba la oracion con la Comunidad. Tan intimamente unida estas ba con el Señor, que ni un solo instante le perdia de vista, porque la presencia de Dios que tenia, era tan continua, y tan fervorosa, que aun en lo exterior se la conocian todas, haciendola prorrompir de ordinario en esta dulce jaculatoria: Amado mio, y mi Señor, en que manifestaba el tener siempre puestos los ojos en su Esposo Santo.

No se contentaba con mirar de hito en hito siempre los rayos del Sol Divino, sino que tambien, como Aguila generosa, enseñaba à sus Hijas à que sin pestañear le mirasen: por esso quando encontraba à alguna Novicia la preguntaba, en que pensaba? y la aconsejaba, que así como tenia ocupado el exterior con los ejercicios de la Religion, havia de tener ocupado el interior siempre en Dios.

Para acertar todas sus operaciones en el gobierno de su Prelacia, era su estudio la santa oracion, y el consejo de su Confessor; porque nunca mandaba alguna cosa, que no la consultase primero con Dios en la oracion, y con su Padre espiritual en el Confesionario; de tal suerte, que proponiendola su Confessor, que se recogiese quando las demás Religiosas, y no gassase toda la noche en el Coro, le respondio, que no tenia otro tiempo para consultar con Dios lo que havia de mandar à la Comunidad. Y despues de estas consultas atendia con madura consideracion los medios, y circunstancias del tiempo, modo, y lugar con que se havia de executar segun Dios lo que ella debia mandar; porque era tan aficionada à la virtud de la Prudencia, que solia decir à las Religiosas, que la fazon, y alma de las demás virtudes era la Prudencia.

De el estudio de la oracion sacaba el exercitar con sus subditas el oficio de verdadera Madre, caritativa las amaba, misericordiosa se compadecia de sus aflicciones, provida socorria sus necesidades, piadosa corregia sus defectos, prudente ordenaba con grande acuerdo lo presente, y proveia con diligente sollicitud lo venidero: siendo tan fecunda Madre, que en once años que fuè Vicaria, y ocho Abadesa, produjo, no solo en el Convento de Mexico muchas Hijas espirituales, sino que tambien trasplató el instituto Capuchino, dando en su tiempo siete racionales plantas, que fueron à la Ciudad de la Puebla à labrar otro Trono, ò casa de marfil para el Rey Christo.

Los efectos de su oracion fueron prodigiosos; porqué por medio de ella resucitaron à la vida de la gracia muchas personas de la Ciudad de Mexico, que yacian muertas en el sepulcro de la culpa, cuyas conversiones, y circunstan- cias se encomiendan à el silencio, porque no se venga en conocimiento de los sugetos. Su oracion alcançò de Dios nuestro Señor el que perseverassen tres Novicias en su oracion, que estaban yà para salir de la Religion. Por su oracion se detuvo muchas veces el golpe de la Divina Justicia, que amenazaba à la Ciudad de Mexico, en especial dos veces, que viò la Venerable Madre, que vibrando el Señor la espada de su indignacion queria acabar con la Ciudad: una fuè el dia 19. de Março del año de 1682. con un espantoso temblor de tierra: la otra el dia 8. de Junio del año de 1692. que amotinados los Indios pusieron fuego à el Real Palacio, y caxones de la Plaza, con tal tumulto, y confusion, que parecia querian reducir à cenizas la Ciudad toda; y en entrambas ocasiones con sus ardientes oraciones detuvo la Venerable Madre la ira del Señor, pidiendo à su Magestad, que la castigasse à ella, y perdonasse à su Catholico Pueblo; dandola à entender el Señor como por medio de sus ruegos se mitigaba su ira, y aplacaba su furor.



Mucho sintió el demonio el que la Venerable Madre alcançasse de Dios el perdón para la Ciudad de Mexico; y así irritada fu su furia la amenazó, que se la havia de pagar, como con efecto (permitiendolo el Señor) tomó la vengança, echandola un quicio de una puerta sobre el cerebro, que se le fué agoviando tanto, que no podia levantar la cabeza, padeciendo increíbles dolores, que sufrió por espacio de ocho años con invicta paciencia.

La materia de su continua oracion era la Pasion de Christo Señor nuestro, de que fué singular devota, mereciendo de su Magestad algunos favores, como el que la hablaste su Esposo en la Imagen de el Santo Christo, que llaman el Navegante; unas veces diciendola: Teresa cava en mi mina; otras, un año antes de morir: Teresa yá es tiempo de levantar el buelo. En otra ocasion vió à el Señor en traje de Pastor, echando sus divinas bendiciones sobre las místicas rosas, y racionales plantas, las Religiosas Capuchinas.

El efecto que para la mayor perfeccion, y provecho espiritual proprio facaba de la oracion la Venerable Madre, era el fundamento, y vasa de todas las virtudes, que es la humildad, en la qual fué tan excelente, que era de admirar el tan baxo cõcepto que de sí hacia, teniendose por la misma nada, y aun por menos, si es que hay menos que nada. Por esso se entraba en los sepulcros secretamente, y estandose allí mucho tiempo en contemplacion profunda de su vileza, decia: Bien es que acompañe la corrupcion à la corrupcion. Era tan amiga de los desprecios, que deseaba ser tenida de todos por el cieno, y escoria de las mismas criaturas, buscando ansiosa de desprecios ocasiones de ser abatida. De su humildad nacia el pedir con instancia à su Divino Esposo, que los favores que la hacia fueran secretos, porque no la tuvieran en alguna estimacion, creyendo de ella lo que no era. De su humildad salia la luz del proprio conocimiento,

con

con que imitando à nuestro Padre S. Francisco, le decia à el Señor: Quien eres tu, Señor, y quien soy yo? Conozcate à ti, y conozcame à mi. Tu eres el abismo de la fabiduria, de la bondad, del poder, de la virtud, de todo lo bueno, y de todo sèr: yo soy el abismo de la ignorancia, de la malicia, de la flaqueza, de los vicios, y de la nada. El abismo, pues, de mi miseria clama à el abismo de tu misericordia. Y de este proprio conocimiento facaba tanta compuncion, y penitencia, quanta manifestaba el dòn de lagrimas, de que estaba adornada.

## CAPITULO XXV.

## DE OTRAS VIRTUDES, Y SU DICHOSA MUERTE.

PARA ser perfecta en la vida religiosa Sor Teresa, se adornò de la virtud, tan propria de los Religiosos, y Religiosas, quanto necessaria, que es la Obediencia: lo constante de esta virtud en la Venerable Madre probaron de varias maneras sus Preladas, yá mandandola siempre lo contrario à quanto hacia, y proponia, para que deponiendo el proprio dictamen, se sujetasse en todo à la voluntad de quien la gobernaba, que tiene poco, ò nada de obediencia, quien solo obedece segun su proprio parecer. Era de admirar ver à Sor Teresa con què rendimientos obedecia lo que era contrario à su dictamen, teniendo siempre por perfecto lo que la obediencia la insinuaba. Yá probaban su obediencia dandola severas reprehensiones, y penitencias por lo mismo que la havian mandado hacer; y como estaba muerta por la obediencia, no hacian mella en ella las severidades: tan prompta estaba para obedecer, que haviendo hecho en una ocasion una labor muy curiosa para la Sacristia, se la mandò quemar su Prelada; y apenas oyó el precepto, quando sin resistencia alguna iba à executar el man-

Yz

da:



dato, y sin duda lo huviera executado, si entoncez la Prelada no le huviera ordenado lo contrario.

En la fortaleza, y paciencia fuè insigne, padeciendo con gusto, no solo las tribulaciones superiores embiadas por Dios, como los excesivos dolores de cabeza, y cerebro, por espacio de ocho años, y otras enfermedades, y reacias calenturas, sino tambien las inferiores, causadas de las criaturas, que muchas veces la exercitaban en la virtud de la paciencia. Solia la primera Tornera embiarla con algunos recados de importancia con la Madre Abadesa, y para que de una, y otra parte tuviese que merecer, y en que exercitar su paciencia, la Madre Abadesa la detenia, mandandola que se sentasse, y no dexandola hablar para mortificarla: la Tornera viendo su tardanza la reñia, y la paciente Madre no abria sus labios para la disculpa, sino que toleraba constante la tribulacion.

Adornò el Altísimo à Sor Teresa con el don de la Profecia, y conocimiento del interior, como manifiestan varios casos. En una ocasion su Confessor sentia algunos desconfuelos interiores de hallarse en el ministerio de Confessor de las Madres Capuchinas; y este, ya escrupulo, ò ya tentacion que le atribulaba, lo tenia escondido en el secreto de su interior, sin haverlo comunicado; y penetrando la Venerable Madre el interior, y conociendo la tribulacion le dixo: No viva v. md. desconsolado por ser Confessor de Capuchinas, que antes es merced que nuestro Señor le ha hecho.

En otra ocasion fuè à ver à la Venerable Madre un sugeto, que aunque deseaba el estado Eclesiastico, como mas perfecto, no teniendo Capellania, ni otro modo para ordenarse, havia resuelto ya tomar el estado de Matrimonio, y con esta resolucion llegó à el Torno en busca de Sor Teresa, quien antes que el sugeto la comunicasse à lo que iba le dixo: No tome v. md. esse estado, sino el de Sacerdote, que

nucl.

nuestro Señor le darà forma para ello, y serà muy presto; y sucedió así, que ahora es el sugeto un exemplar Sacerdote.

Una Señora principal de la Ciudad de Mexico, por hallarse en cinta, estava con grandes temores del suceso de su parto, y la embió à decir la Venerable Madre, que despusiera los miedos, y que pariria una niña con grande felicidad, y así le sucedió. Esta misma Señora consultò à Sor Teresa sobre si dexaria llevar à un nieto suyo de edad de ocho meses à poder de su madre, y la respondió: dexelo llevar por si sucediere algo, que sea alla, y no en su poder; y lo que sucedió fuè, que murió el niño en poder de la madre.

Llegò el tiempo en que el Divino Esposo llamà à su amante Esposa para el premio, y fuè con tan repentino clamor, y no esperado suceso, que causò sentimiento, no solo à las Religiosas, sino à la Ciudad toda; y fuè el caso. El dia Sabado 13. de Febrero del año de 1706. y setenta y uno de su edad, subiendole la escalera, se diò con una caída un recio golpe en el rostro, y levantandose de este, volvió à caer, y se diò otro en el cerebro, de que se le originò la muerte à el dia siguiente à los primeros crepusculos de la Aurora; en la qual concurren circunstancias dignas de advertencia, y admiracion.

La una fuè, que aquel dia se levantò con tan extraordinaria alegria, que no solamente se la conocieron todas, sino que tambien la infundia à quantas la miraban; sin duda seria, porque conoceria el espíritu, el que se llegaba ya el dia de ir à gozar eternamente del favor, que en cierta ocasion la hizo el Señor en esta forma. Estaba la Venerable Madre meditando à los pies de Christo, y la habló su Magestad, y la dixo estas palabras: Teresa no temas, llegate à mis brazos, y la recibió en ellos el Soberano Dueño; y viendo ahora la Venerable Madre, que se llegaba el dia de ir à gozar por toda la eternidad este favor, manifestaba tan singular alegria; ò condecora, que ya era tiempo en que se executaf-

senj



fen, y tuviessen su cumplimiento las voces con que el Divino Esposo, por espacio de un año antes, continuamente la llamaba, diciendola: Teresa ya es tiempo de levantar el vuelo, y por esso mostraba los contentos del alma.

La otra circunstancia fuè el morir la Venerable Madre vertiendo à raudales su sangre, originada de los golpes que se dió: ò yà para mostrarle amante Madre de sus Hijas, y subditas: que si el Pelicano en señal del grande amor que tiene à sus hijos los rocia con la sangre que sale de su herido pecho, Sor Teresa para manifestar el amor que tenia à sus Hijas las rociaba con su sangre. O yà para manifestar el verdadero amor que tenia à su Divino Esposo, à quien pocos dias antes de morir havia visto repetidas veces crucificado, y que uniendose dulce, y suavemente à ella, la transformaba en sí mismo, diciendola estas amorosas palabras: Teresa mia ven à mi. Y como por amor de su Esposo las mayores asperezas le parecian suavidades, y tenia por regalo las mayores mortificaciones, muere gustosa derramando sangre; porque transformada en su Esposo, le imita, y tiene mas que ofrecer, y padecer por su amor.

La otra circunstancia fuè el lugar donde la muerte hallò à Sor Teresa, que fuè la escalera. Fuè la vida de la Venerable Madre un continuo subir à la perfeccion por los grados, ò escalones de las virtudes; y así muere subiendo la escalera, porque muere anhelando à la perfeccion. Y como era la quarta grada del Trono, que es la constancia, estava en la escala de la perseverancia, donde havia subido yà hasta la ultima grada del Trono, para denotar, que havia recopilado en sí las virtudes de las otras gradas de las Fundadoras; porque conforme iba subiendo la escala de la perfeccion, en cada grada, ò escalon iba imitando la virtud de aquella grada, y Fundadora, como consta de esta breve relacion de su vida, y lo manifiestan su continua oracion, y sublimada contemplacion en la primera grada, imitando à

la contemplativa Madre Sor Maria Felipa; pues tanto levantaba el vuelo en la oracion, que alguna vez, estando en el Confessionario, la hallò transportada en espiritu su Confessor: lo declara su modestia, y mesura virginal en la segunda grada, imitando à la modesta Madre Sor Lorença Bernarda; pues todas atendian en Sor Teresa la compostura interior de su espiritu, por la modestia exterior de sus obras: lo expresa su prudencia, emulando à la prudente Madre Sor Maria Fernandez de Aragon: en la tercera grada, pues tenia à la prudencia por la razon, y alma de las demás virtudes. La decente humildad en la quinta grada, teniendo à los ojos la decencia de la Madre Sor Jacinta Juana; pues abatida con el proprio conocimiento, conservò puros los candores de la gracia, sin mancharlos, ni aun con el pensamiento: lo dice su obediencia, y amor en la sexta grada, pues no tenia mas regla para sus acciones, que la obediencia de sus Preladas, y su Confessor, y el cumplir con el amor de Dios, y de sus proximos.

La ultima circunstancia en la muerte de Sor Teresa fuè, que habiendo cavado en tres distintos sepulcros, en ninguno hallaban lugar en que poder sepultarla; porque estaban los huesos de las otras Fundadoras enteros, y exalando un fragrantissimo olor, despues de muchos años; y así fuè necesario cavar la tierra mas profundamente, para que cupiera en uno de ellos con otra Fundadora el difunto cuerpo de Sor Teresa; porque ò yà como verdadera pobre no quiso tener sepulcro proprio, sino ageno, ò yà porque el estrecho vinculo de amor, y caridad, con que en vida amò à las Fundadoras, no permitió el separarse, ni aun en la muerte, sino estar en su sepulcro, pues sus almas, como piadosamente se cree, están en un mismo Rey.

no de descansos.



## CAPITULO XXVI:

DE LA QUINTA GRADA DEL TRONO SON  
Jacinta Juana.

ES el quinto escalon, ò grada del Místico Trono la humildad decente, ò la decencia, compostura, y recato de quien se humilla. En esta grada tuvo su asiento, por la compostura, y admirable recato con que humilde, y prudente guardó la preciosa joya de la pureza la Madre Sor Jacinta Juana, natural de Toledo, hija de Juan Garcia Cerrudo, y de Doña Agueda Prior; nació à fines de Julio del año de 1633; y la baptizaron en la Iglesia Parroquial de S. Andres à tres de Agosto; pusieronla en el Baptismo Juana, y despues en la Religion Jacinta, para que la gracia, y pureza del nombre del Baptismo, se esmaltase con lo precioso de la piedra Jacinto, para que así guarnecida supiera domellar los orgulllos del enemigo, y conservar los candores de la pureza.

La crió su madre con el cuidado que debía à las obligaciones de madre, pareciendola, y bien, que la dote mas crecida, y caudal mas saneado, que pueden dar los padres; y madres à sus hijas, es la buena criança, y christiana educacion. Aprendió bien Jacinta las santas doctrinas de su madre, porque tenia un grande fundamento para el espiritual aprovechamiento, y cimiento para la virtud, que era un buen natural, y indole, que hace mucho la tierra que por sí es buena con el cultivo de la enseñanza: esta produjo tan sazonados frutos en Jacinta, que desde que tuvo uso de razon, tuvo inclinacion à el estado Religioso, como vida mas perfecta, donde havia de perfeccionar mas su espirital. Pasó à poner los medios para conseguir el fin de su santo deseo, pretendiendo el habito en el Convento de la Purísima

ma

ma Concepcion de Toledo; y aunque sus padres vencidos del tierno paternal afecto, con que atendian à su amable hija dilataban la consecucion, por fin alcanzaron las lagrimas de Jacinta el consuelo en la licencia para entrar Religiosa.

Llegó el deseado dia de su alma, que fué el de 29. de Março de 1660. años, en que recibió el penitente habito, y mas, y mas deseado el de 29. de Abril del año siguiente, en que se consagró à Dios nuestro Señor por medio de la profesion; y viendose ya con la prenda de el Divino Esposo, ligada con los votos de la Religion, y religada con la obligacion de una vida tan perfecta como la Capuchina, no es ponderable el contento del alma, y espiritual consuelo con que emprendió la vida religiosa, y el fervor con que, aun en sus principios, empezó à servir à la Comunidad, y à asistir à todo lo que era de su obligacion, conservando siempre aquel principal espiritu, que la traxo à la Religion, y le sepultó en el Claustro de un Convento; que este debe ser el empleo de una Religiosa, y el conato de su espiritu, à imitacion del penitente David, que con tanta eficacia pedía à el Señor le confirmara en el principal, y primero espiritu.

Cinco años estuvo en el Convento de Toledo, donde se ocupó en el santo exercicio de enfermera, ministerio muy al proposito para el exercicio de las virtudes, y muy propio para alcanzar una eterna retribucion. En el cumplió tan exactamente con las leyes de la christiana piedad, y religiosa caridad, que mereció la aprobacion de la Venerable Madre Sor Lorença Bernarda, quien decia à las Religiosas del Convento de Mexico, que Sor Jacinta havia hecho el officio de Enfermera en Toledo, con mucho espiritu, y grande exemplo.

A los quatro años de professa fué escogida de la poderosa mano de el Altísimo para Fundadora de el Mexicano Trono, y quinta grada de su espirital edificio; y aunque era la mas moderna en la Religion de las Madres Fundado-

Z

ras;



ras, no mas principiante en la virtud, pues con la claridad de su entendimiento, con la viveza de su obrar, y con la rectitud de su proceder suplió la falta del tiempo, habiendo aprovechado tanto en tan poco, quanto manifiesta el elegirla para Fundadora, y declara lo que decian las otras Madres Fundadoras, que era tanta la expedicion, y tan exacto el cumplimiento de su obligacion, como si tuviera cinquenta años de Religión.

En el Convento de Mexico se ocupò mucho tiempo en el oficio de Tornera, cargo, que dà bien à entender el concepto, que de su virtud tenian, pues fiaban à su cuidado la oficina mas principal de un Convento de Religiosas, donde se necesita mucha prudencia para hablar à los que llegan à lo indispensable de la humana vida, y el exemplo para el credito de el Monasterio, pues segun es el sobre eserito, o muestra, suelen hacer el concepto de lo que el Claustro encierra.

En las virtudes fuè bastante exercitada, especialmente en la santa oracion, donde el alma tiene lugar de exercitar muchas virtudes, con el conocimiento del Señor y Magestad, à quien habla, y ora, y el proprio de ser ceniza, y polvo. Bien conocia Sor Jacinta lo necesario de la oracion para la vida espiritual; pues si por acudir à el oficio, que la tenia encomendado la obediencia, faltaba à la oracion, y exercicios de comunidad, suplia de noche las faltas, ocupando en este exercicio el tiempo que havia falta la hora de recogerle. Esto hacia para con mas sosiego lograr la contemplacion de Maria, la que en su ministerio havia estado con las actividades de Marta: no porque faltasse en lo activo lo superior de lo contemplativo, pues parece estaba siempre levantado su espiritu, y puesto en la presencia de su Divino Esposo, como lo manifiestaban algunas amorosas jaculatorias, en que prorrumpla su ardiente corazón, quando le parecia que estaba sin el registro de huma-

nos

nos oídos, tan encendidas sus palabras, que abrasaban los corazones de las que tan atentas, como disimuladas la escuchaban.

Los efectos de su oracion, y favores que en ella recibia de su amante, y Divino Esposo, los tenia tan escondidos su humildad, que por mas que se hacian linceas las con cuidado la atendian, no pudieron descubrir el tesoro de su interior, querria excusar la batalla, à que se expone quien trae en las manos, y à lo descubierta el tesoro de la virtud, con el riesgo de perderlo. Sola su Prelada, quien dirigia sus acciones con la regla de la obediencia, tuvo alguna luz de los coloquios santos, que tenia con su crucificado Esposo, pues dixo muchas veces la Venerable Madre Abadesa Sor Lorença Bernarda à sus Religiosas, que Sor Jacinta tenia, y trataba sus negocios con la Imagen de el Santo Christo, que està arriba de la reja del Coro, sin explicar mas, ni descubrir el fondo de la piedra Jacinta.

En la obediencia, primera piedra, y fundamental vasa de la Religión, fuè tan observante, aun en los apices de la perfeccion, que ni lo mas minimo hacia sin el seguro de esta virtud, como lo manifiesta este caso. Estaba ya en los ultimos dias de su vida herida de la enfermedad, y una noche haviendose retirado las Religiosas que la asistian, comenzó à hablar con el Divino Esposo, como que muy por estenso la tomaba el Señor rigorosa cuenta de su vida, y ella daba sus descargos; y llegando à dar cuenta de la oficina que tenia à su cargo, que era el Torno, donde se reciben las gratuitas limosnas, que liberales ofrecen los bienhechores, dixo: En la obediencia, Señor, bien sabes, que ni un alfiler sin licencia. Prueba es tambien de su rendida, y ciega obediencia, la promptitud con que obedeció à su Prelada, aun en lo que tenia su mayor espiritual consuelo, como lo expresa el siguiente caso. Estaba una noche en el Coro en oracion, vió que de junto à la ventana de el mesmo Coro salia una Reli-

Zz

gio:



giosa, y que atravesando todo el Coro se salia por la puerta; advirtio Jacinta, que estaba sola, y causola novedad la vision; y queriendose certificar si era apprehension de su imaginativa, ò era realidad lo que veia, salió siguiendo à la Religiosa, y al alcançarla, y conocerla se le desapareció. Dió cuenta à su Prelada de lo que havia visto, y la dixo: Madre, Sor Baltasara es difunta, porque ha estado en el Coro. Era Sor Baltasara una Religiosa de Toledo, à quien Sor Jacinta havia amado en el Señor, y aunque en la realidad era ya entonces difunta, no havia venido todavia la noticia de su muerte; tuvieronla despues las Madres, y juzgaron haver sido la que se le apareció à Sor Jacinta, aunque el fin de dicha aparicion no se alcançò, el Señor que así lo dispuso sabe qual fuè. Por este caso la mandò la Madre Abadesa, que no estuiera sola de noche en el Coro; y siendo sus delicias para desahogo de su devocion el estàr en la presencia de el Señor Sacramentado sin el registro de criaturas, mortificò la devocion, y obedeciò prompta la voz de su Prelada. Pues quien en cosas pequeñas exercitaba tan exactamente la obediencia, como la cumpliria en las cosas grandes? Verdaderamente todas las acciones de la Venerable Madre serian bien ordenadas, y tendria en todas acierto, pues es certísimimo, que acierta la Religiosa, quando solo obra con el alma de la obediencia.

No fuè menos observante de la virtud tan propria de Religiosas, y tan propriísima de las primogenitas de la admirable Virgen Santa Clara, que es la santa pobreza. Tan bien hallada estaba Sor Jacinta con esta virtud, que por tenerla en grado perfecto, aun lo muy necessario no pedia; siendo necessario, que la Prelada anduviera cuidadosa, como adivinando, que necesidad tenia, para, como piadosa Madre, socorrerla; porque llevada la Venerable Madre de el amor de la santa pobreza, aun la necesidad mas grave, aun no la juzgaba por tal. Se tenia Sor Jacinta por indigna de

de que en el Refectorio la pusieran cosa entera; le parecia, que las pobres de Christo deben estar muy contentas con los pedazos que à otros sobran; pues este era el mayor júbilo de nuestro Padre S. Francisco, y así acontecia, que aunque fuera una cosa tan pequeña como un albaricoque, si se lo ponía entero la Refitolera, no lo comía, por no partirlo, y parecerla, que era pobreza el no llegarle; y en fin, quien vivió con el cuidado de no recibir un alfiler sin licencia, como observaria la pobreza? Seria con tan religiosa perfeccion de tener, aun el pobre remendado habito de que usaba, y aun la aguja con que remendaba, que es la costura de las pobres, con tal desapropio, que solo usaba de ello, por, que para ello tenia licencia.

## CAPITULO XXVII.

DE LO ESPECIAL EN QUE MOSTRO SER LA  
quinta grada de el Trono, y otras virtudes  
hasta su muerte.

LA grada que en el Místico Trono corresponde en el número à Sor Jacinta, es la quinta, que es la decencia, compostura, y recato de quien se humilla; y aunque todas las Religiosas tienen su asiento, y morada en esta grada, pues todas, como Esposas del Rey Christo, observarán el decente recato, que deben tener las Virgines, como Angeles, con todo le conviene en este Trono con mas especialidad à Sor Jacinta. Todas guardan la decencia, y observan el recato dentro de los terminos, y limites de poder obrar, que es en la vida; pero Jacinta pasó los limites del recato, y los terminos de su execucion, mostrando, aun despues de muerte, el grande celo de la decencia, y compostura; como lo manifiesta el portentoso caso, que sucedió de esta suerte.

Era Sor Jacinta tan amante de la pureza, tan recatada;



y compuesta, que previno el que despues de muerta, no se gitrassen su cuerpo, para lo indispensable de amortajarla; otros ojos que los de su Prelada, à quien muchas veces se lo suplicó, y pidió por amor de Dios. Llegó el caso, y llevando la Venerable Madre Abadesa Sor Lorença Bernarda à sentar, ó levantar el cuerpo para vestirle la mortaja, entendió el brazo la difunta, y con la mano cogió la tunica, y la abertura de ella, y se tapó lo que era necesario para el recato, y que nadie viesse su cuerpo, con grande admiracion de la Madre Abadesa, y de otras Religiosas que la asistían. Como, pues, guardaria el precioso tesoro de la castidad, y observaria el recato, y compostura quando vivía, quien tanto mostró su estimacion despues de muerta?

Celaba tanto la preciosa piedra de la pureza Jacinta, que aun los afectos permitidos por castos, è inculpables por tener su principio en lo natural de una simpatía, de tener mas afecto à una persona, porque tal vez vicia lo adelantado de la malicia, sirviendo aun los mas recatados de bao, que algo empaña los cristales de la pureza, sino se miden con las leyes del espíritu, supo de tal manera regularlos, que lo que era solo natural afecto, levantó à que mirasse más superior fin, y mas principal objeto, amando à las tales personas en Dios, por Dios, y para Dios, como lo manifestó en su ultima enfermedad, quando dando à el Señor la cuenta que dixè arriba, haciéndose cargo de tener afecto à una persona, respondió dando su descargo, y dixo: Esto, Señor, por servo tuyo, en ti, por ti, y para ti. Sin duda que estos motivos regularian de tal manera los afectos, que estuviessè el alma siempre con la atencion à solo su Esposo, quien la oía, atendía, y registraba debaxo de las cortinas de la Fè.

Para guarda mayor de esta estimadísima joya puso Sor Jacinta el fuerte muro de la mortificación, y abstinencia; que està muy sujeto lo sensible, quando le aplica el castigo lo racional. Era en la comida muy parco, en las penitencias

muy

muy larga, toda ensangrentada à los rigores de sus continuas, y recias disciplinas; derramaba la sangre al contrario, para debilitarle las fuerzas, à que la ayudaba su mucha tolerancia en un continuo padecer. Desde que entró en la Religión hasta que murió padeció una no pequeña mortificación, porque se le fuè torciendo el hueso de la espalda derecha, y con el tiempo creció tanto la enfermedad, que le causaba muchos, y grandes dolores, que toledó su paciencia, sin querer jamas admitir alivio en su dolencia, porque no la faltara esta continua mortificación.

Lo mas excelente de su mortificación fuè el humillarse, mortificando, y venciendo las pasiones, para que podada la raíz à los rigores de un proprio vencimiento, brotasse mas frutos penitentes, y pertrechada con la interior mortificación, y con la exterior penitencia, y abatimiento estuviessè por dentro, y fuera resguardado el tesoro de su alma. No fuè poco el cuidado que le costó à su humildad, como quinta grada del Trono, el regular las pasiones à las leyes del espíritu, y el domellar lo altivo de la naturaleza à lo humilde de la virtud; porque habiendo descubierto en su natural mucha entereza, y recia còdicion, supo apagar los incendios del natural cò tal cuidado, y presteza, que si acaso en el primer acto, è impetu sobrepujaba el natural à la razon, enmendaba luego humilde, y reconocida lo que la condicion havia errado; como aconteció en una ocasion, que respondièdo à la Madre Vicaria, fuè el modo, no con todo el compassado tono de que usan las Madres en la concertada musica de su hablar, y à breve rato, conociendo que havia saltado à el punto de el templado instrumento Capuchino, volviò tan compungida, quanto declaraban sus lagrimas, y tan humillada, como manifestaban sus acciones, y palabras, pues arrojándose à los pies de la Madre Vicaria, penitente la pidió perdon, y arrepentida confesó su defecto, dicièdo, que era una mala Religiosa. No fuè de poca edificacion

la



la santa porfia, y emulacion que huvo entre las dos, pues cada una queria ser la primera en la humildad de postrarse en tierra, à que acompañaba, por no perder la ocasion, la Venerable Madre Abadesa Sor Lorença Bernarda, dando exemplo à sus subditas, y entrometiendose tambien en la porfia humilde de postrarse en la tierra.

En la caridad, corona de las virtudes, resplandeció Sor Jacinta, porque quedò tan radicada en su corazon de el tiempo que por oficio la exerció en el Convento de Toledo, siendo Enfermera, que yà que en el de Mexico, por la ocupacion del Torno, no podia asistir à las enfermas, como su caridad la dictaba, desahogaba su afecto con amarrar à sus Hermanas difuntas, con tanta ternura, recato, y consideracion, como expressaban algunas palabras, que la oian proferir à el tiempo que exercitaba este tan caritativo, como humilde acto. Aun en el tiempo de las fatigas de su ultima enfermedad, olvidada de su proprio padecer, sollicitaba caritativa el bien de los proximos, haciendo à el Señor suplicas, y peticiones por sus Hermanas las Religiosas, y en particular por una; porque le pareció à el santo celo de la Venerable Madre, que el dexarse llevar esta del apetito que causa en una enfermedad una ardiente sed, era faltar à el rigor de la regular disciplina, y afloxar el tirante de la mortificacion, que tanto como esto celaba la Religion, y amaba la mortificacion.

No faltò à Sor Jacinta el espiritu de profecia, pues previniendo una cosa, que podia resultar en desagrado de Dios nuestro Señor, pidió, y amonestò el cuidado para que no sucediese, siendo así, que entonces no havia, ni remota luz de lo que prevenia; lo qual se viò executado despues de veinte y dos años, no con poca confusion de las personas; que havian oido, y sabido su prenuncio, y experimentaban su cumplimiento: en que se descubrió, no solo el espiritu profetico, sino tambien el amor de Dios, y celo de las almas;

que

que ardia en el corazon de la Venerable Madre; pues con caridad perfecta cuidaba, y prevenia no se faltasse à el amor, y agrado del Altisimo, y al mayor bien del proximo, que es no desagradar à su Criador.

Llegò el tiempo en que Sor Jacinta tuviera los descanfos, que sabe dar el Divino Esposo à las almas, que fieles le sirven; y observantes guardan sus preceptos; y así para passar de esta vida caduca, y temporal à la eterna la acometió un recio tabardillo. El primero dia que la subieron à la Enfermeria, dan dola las Religiosas la comun consolatoria, que dan las sanas à las enfermas, de que no seria cosa de cuidado su accidente, desengañada respondió: No volverè à baxar por mi pie; respuesta, que se puede atribuir, ò yà à natural conocimiento de su muerte por lo mortal del accidente, ò yà à que tuviera luz superior de que se acercaba el termino de sus contados dias.

Pasò con grande paciencia, y resignacion, como quien estava acostumbada à padecer, lo grave, y molesto de la enfermedad, que no la privò de el sentido hasta quatro dias antes de morir; y así tuvo lugar de exercitarse su tolerancia, en ardecerse su caridad, y levantarse su espíritu à la consideracion, yà de la muerte, que tan cercana tenia, ayudandose para recibirla, y passarla con versos, y Psalmos, yà de la eternidad que aguardaba, ponderando la grandeza de la Gloria, que con la virtud de la esperanza esperaba, repitiendo muchas veces las palabras de el Apostol San Pablo; que ponderan lo infinito de los tesoros, que tiene Dios preparados para los que verdaderamente le aman: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, que præparavit Deus ijs qui diligunt illum.* Y en tanta repeticion de estas palabras, no saltarian à la Venerable Madre santas consideraciones, que las acompañassen; pues si de la abundancia de el corazon habla la boca, de el conocimiento de la Gloria vendrian tan continuamente estas palabras à la

Aa

de



de Sor Jacinta, meditando con mi Padre San Agustín, que tiene Dios prometidos, y preparados muchos bienes à las almas, à su trabajo descanso, à su esclavitud libertad, à sus temores seguridad, à sus tristezas consuelo, à la muerte del cuerpo resurreccion, y por ultimo un gozo summo, y indefectible en un empireo de glorias.

Quatro dias, y quatro noches estuvo la Venerable Madre ocupada en este soberano empleo, con tal teson, que dexò admirados à los Confesores que la asistían; y le obligò à la Enfermera à persuadirla procurara tener en lo corporal algun alivio, y sosiego; pero estava tan empleado el espíritu de la enferma en la consideracion de lo eterno, que la respondió: Quien ha visto, y oido lo que yo, mal puede descansar. Quedòse no obstante recogida como media hora, y despues volvió tan asustada, y tan desfigurada, que causò lastima à las Religiosas; porque parecia, que las quitadas, y ojos se le havian desencaxado de su natural lugar, y entendieron, que havia tenido alguna novedad en lo interior de su espíritu, aunque no lo manifestó con palabras.

Tan enardecida estava con el fuego de la caridad, que despues de aquella menuda cuenta que diximos, juntò à lo caritativo lo agradecido, que sabe bien la caridad dár su lugar, y no excluir de sus límites à la gratitud: esta impeliò à la Venerable Madre à que en lo mas fuerte de sus fatigas se acordasse de los beneficios que havian recibido las Religiosas Fundadoras del Excelentísimo señor Marqués de la Laguna, que fuè Virrey de esta Nueva España, para hacer especiales suplicas à el Señor por su Excelencia. Tambien se acordò entonces de lo que con tanta fineza havia excusado con las Madres el grande afecto de Doña Ana Francisca de Cordova; y esto la motivò à pedir en sus caritativas peticiones por un hermano de dicha Doña Ana, que estava en graves trabajos. Así estuvo sin cessar su espíritu de exercitarse, hasta que del todo perdió el sentido; y por ultimo la

vida el día diez de Febrero del año de 1684. volviendo el rostro, despues de muerta, à su natural ser, y color, quitada la palidez, que la havia ocasionado la enfermedad, y quedando como quando estava viva, y sana, mostrando, que ahora vive mejor vida, como piadosamente se espera, que es la eterna.

## CAPITULO XXVIII.

DE LA SEXTA, Y ULTIMA GRADA DE EL TRONO;

La obediencia de Sor Clara Maria de Plata.

LA sexta, y ultima grada del Místico Trono se compone de la obediencia, y el amor: esta ocupò la obediencia, y amorosa sexta Fundadora Sor Clara Maria de Plata, de fuera del Coro, natural de la Villa de San Clemente en la Mancha, hija de Andrés de Plata, y de Isabèl de Bonilla; nació à ocho de Abril del año de 1628. llamòse en el siglo Francisca de Plata, y en la Religion tomò el nombre de Clara Maria, y dexò el sobre nombre de Plata, para dár à entender, que entraba à ser verdadera hija de los amantes de la santa pobreza nuestro Padre S. Francisco, y nuestra Madre Santa Clara, quien renunciaba hasta el nombre de Plata.

De muy pequena edad la faltò el abrigo, y cariño de su madre, para que se empezara à exercitar su paciencia con las mortificaciones de una madrastra, que la duraron unos diez años, y despues, como el Señor queria que su sierva padeciera la mortificacion de no poder exercitar la virtud, que como escogida para sexta grada de este Trono tuvo desde sus principios, que era el amor de su Magestad, permitió, que saltandola su padre, y madrastra, la llevasse un hermano suyo donde tuviesse estos grillos lo levantado de su espíritu; porque estava el hermano casado con una Portuguesa, que aunque amaba mucho à Francisca, la atajaba

Sextus gradus est obedientia, & dilectio



y esforvaba los buelos de su fervor, con no dexarla, aun después de haverla servido en las solitudes, y domesticos ministerios de Marta, que se recogiera un rato à la contemplacion de Maria, que tanto amaba. No por esto se apagò el incendio de su amor, antes avivada mas la llama de su afecto con el agua de la contradicion, buscò modo, y lugar para su retiro, y dispuso su devocion en un aposentico, que estaba encima de un terrado de la casa, un Altar, que le fuera sagrado, donde poder lograr en la santa oracion los ratos que hurtaba à la impertinente Portuguesa.

Vivia detenido, y mortificado el espiritu de Francisca, permitiendolo el Señor, para que esto fuera el motivo de buscar, como cierva herida de la saeta del Divino amor, el agua que quitara su mortificacion, y la soledad, donde pudiera soltar las velas à sus deseos. Tuvo noticia de la mucha conveniencia que tendria para lograrlos, y excitarlos con ser Religiosa Capuchina, y ansiosa solicitò conseguir esta dicha en el Convento de Toledo, donde gustosa, como que hallaba el tesoro que buscaba, recibió el habito el dia 4. de Mayo del año de 1654. y la profesión el dia nueve de Mayo del año siguiente de 55.

Yà puesta en la Religion le pareció à Sor Clara, que tenía la libertad que deseaba, pero por su estado de fuera de el Coro no dexaba de pasar sus mortificaciones; porque enamorada de la santa oracion, para tener lugar de hablar con quietud, y orar con descanso à el Señor, procuraba hacer con presta diligencia sus ministerios para asistir à las horas de oracion; y pareciendoles à las Religiosas, que habia falta à la obligacion de su oficio, por la devocion de la oracion, la decian, que fuesse à cuidar su cocina, à que su rara candidèz respondia estas palabras: calle hija de la Virgen, que para todo dà Dios tiempo.

El tiempo que estuvo en el Convento de Toledo se ocupò con humildad, paciencia, y mansedumbre en la cocina,

Y de más oficinas, que por su estado la tocaban con encendidos deseos de cumplir perfectamente con la obediencia, para que à el amor de Dios que ardía en su alma acompañasse lo tendido de la obediencia, y de esta suerte tuviera con propiedad el lugar de sexta grada en la fundacion de el Mexicano Trono, para lo qual la escogió el Altísimo, y ella con santa sencillez se ofreció; porque en las ultimas diligencias para la fundacion de Mexico, le pareció conveniente à el Confesor de las Madres de el Convento de Toledo, el ir las proponiendo en secreto à las Religiosas, que le parecian mas à el proposito, las utilidades que de la fundacion se podian seguir, para mayor honra, y servicio de Dios, y bien de las almas; y habiendosele propuesto à una Religiosa de fuera del Coro, que no solo à el Confesor, sino tambien à las Religiosas parecia conveniente para la fundacion, mostrò tanto disgusto en ello, que prorrumpio en algunas palabras que lo expresaron, las cuales oyò Sor Clara, y entrando en el Confesionario le dixo à el Confesor: Padre, que è esto de esta Hermana, que no quiere ir, no le dè cuidado, que aqui estoy yo, y irè de muy buena gana. Aun con todo esto le pareció à el Confesor, que no tenía Sor Clara las prendas necesarias para una empresa tan ardua; pero como los juicios de los hombres son falibles, y lo que el hombre juzga por estulto, es à los ojos de Dios sabio, como quien penetra, y comprehende los interiores, à el tiempo de la eleccion, y nominacion se cumplió la disposicion del Altísimo, que tenia escogida à su sierva Clara para ultima grada del Trono de su agrado.

Era tan pura su sencillez, y tan sin afectacion sus palabras, que habiendo llegado las Madres Fundadoras à el Puerto de la Veracruz, entre otros embajadores que embió Doña Ana Francisca de Cordova à el General de la Flota, para que luego que se desembarcassen las Madres Capuchinas, las llevassen à su casa, fuè uno un Religioso de nuestro



Padre S. Francisco; y apenas Sor Clara dividió desde el navio à el Religioso en la lancha, quando persuadida à que era nuestro Padre S. Francisco, que iba à dar alivio à sus fatigadas Hijas, la dixo à la Madre Abadesa: Buen animo; que nuestro Padre S. Francisco viene ya à sacarnos de esta tribulacion. No fuè poca la que padeciò la Venerable Madre en el camino, porque habiendo salido las Madres de el Puerto, para dar principio à su viage para Mexico, las copiosas lluvias dieron ocasion à que una de las literas en que venian las Fundadoras se estraviase, y perdiessè el camino, por el espacio de todo un dia, y parte de la noche, como dixè en la primera parte; en esta litera perdida venian la Venerable Madre Sor Jacinta Juana, y la Venerable Hermana Sor Clara, y ya se dexa entender quales serian los confictos de las dos Peregrinas, y en especial de Sor Clara, que ayudada su tribulacion con lo candido de su genio, le parecia ya imposible el volver à ver à sus compañeras, y que con las sombras de la noche sobrarian fieras que la despedazassen; pero el Señor, que permitiò el conficto, ordenò, y dispuso el consuelo, con que llegàra la litera, sin saber como, à la posada donde estaban las otras Madres Fundadoras.

## CAPITULO XXIX.

## DE SU EXERCICIO DE VIRTUDES EN EL

Convento de Mexico.

YA colocada Sor Clara en el nuevo Trono del Convento de Mexico, fuè mas intenso el fervor en el cumplimiento de sus obligaciones, y exercicio de las virtudes; en especial el de la santa oracion; porque el amor de Dios que como sexta grada ardia en su amante pecho, la hacia buscar à el Divino Esposo en la oracion; y así, no solo procuraba desembarazarse presto de lo activo, para acudir à

las

las tres horas de oracion de comunidad, sino que en la misma cocina tenia un lugar destinado para la oracion todos los ratos que podia; porque en una alacena que havia en la cocina formò su refugio, y la escogió para la quietud, donde algunas veces ponía un Niño Jesus, para que la excitasse los afectos; otras un Santo Ece homo, para despertar la compuncion; otras una calabera, para considerer el fin, y alcançar el proprio conocimiento.

Luego que finalizaba el exercicio de su cocina, à la una del dia se iba à la sala de labor à hilar, ù otros exercicios de manos; y las Religiosas que estaban presentes la daban materia para la oracion, y motivo para la contemplacion, con decirle lo que se havia leído en la leccion espiritual, y tanto se inflamaba el amante corazon de Sor Clara, que olvidada de la obra de manos, se quedaba elevada, cerrados los ojos, unas veces sentada, otras de rodillas, algunas en cruz; unas veces con demonstraciones de alegria, otras de pena, segun era la materia que la havian administrado; y esto le duraba algunas veces hasta las dos que tocaban à Vísperas, à las quales asistia lo mas de el tiempo puesta en cruz, considerando à su Divino Esposo en el madero santo.

El efecto que su amor sacaba de la oracion era mas intendio, y así deseaba fervorosa el recibir mas fuego en el Pan Divino, y Eucaristico Sacramento; pero por mas que avivaba sus deseos, siempre se encontraba con la mortificacion, porque la Prelada por mortificarla la solia mandar, que no comulgara; y aunque rendida obedecia el mandato, humilde procuraba reconocer, si era defecto proprio; y convencida de que era culpa suya, era de admirar los perdones que pedia à la Madre Abadesa, y los propositos de la enmienda de sus defectos que hacia. Y quando alcançaba la licencia para recibir à el amante Dueño, mostraba los contentos de su alma, mostrandose à besar la tierra en señal de agradecimiento. Un dia estaba dando la Comunión un

se.



señor Capitular, por falta del Confessor, y à el llegar à co-  
mulgar Sor Clara, la embió con un recado, y la dexò sin  
comulgar; porque à todos parece havia dado el Señor li-  
cencia para mortificarla en lo que era mas sensible para su  
engendido corazon, y de todo sacaba fruto, y provecho su  
humilde resignacion.

Este amor de Dios, premió su Magestad con algunos  
favores prodigiosos; uno fuè, que un dia por irse à el Coro  
aprisa, puso el pescado que havia de dár à la Comunidad à  
cocer en bastante lumbré; y sin advertirlo, ni ella, ni la com-  
pañera, lo pusieron sin agua; y quando se acordò, y lo ad-  
virtió la compañera, fuè yà que estaban para comulgar, y  
se lo dixo à Sor Clara, quien fiada de la Divina Providen-  
cia, la respondió: calle hija de la Virgen, no la inquiete aho-  
ra esto, que los Angeles nos lo cuidarán: fuè despues que se  
acabò la Misa la compañera, entendiendo hallar el pesca-  
do quemado, y lo hallò con el agua necesaria, y tan bien  
cocido, y sabroso, que aquel dia mas que otros gustaron  
de èl las Religiosas.

Tambien eran efectos de su oracion la compuncion, y  
dolor de los pecados, y el bien del proximo: la compun-  
cion manifestaba en copiosas lagrimas, que continuamente  
derramaba; la caridad con el proximo mostraba en el cuida-  
do que tenia en su officio, procurando, que se les adminis-  
trara à las Religiosas la comida necesaria, porque decia: A  
estas pobrecitas, que vienen necesitadas es menester so-  
correrlas, que cantan mucho, y lo han menester; y con  
especialidad atendia su caritativo afecto à las que le parecia  
que tenian mas necesidad. Se estendia su caridad à los de  
afuera, y así en una ocasion que estava enfermo un bien-  
hechor del Convento, no solo consiguió en la oracion la  
mejoria, y salud para el enfermo, sino que la concedió el  
Señor el que fuera en espíritu à consolarle à su casa, como  
el mismo bienhechor, y beneficiado lo testificò, dando las

individuales señas de la Venerable Madre, sin haverla antes  
visto, como se supone del recato Capuchino.

En la obediencia, que es la otra virtud de la sexta gra-  
da de el Trono, era tan observante, que entendia à la letra,  
y sin interpretacion, ò exposicion lo que le mandaban; y  
así, quando despues de la oracion mental se quedaba la  
Comunidad rezando las horas, bien hallada en la presen-  
cia del Esposo Santo, se quería quedar tambien Sor Clara,  
y provida la Madre Abadesa, la embiaba à su ministerio, di-  
ciendola: Sor Clara en la cocina està su Coro, dè una buel-  
ta à la cocina; y entendiendò solo lo material del mandato,  
y de las voces, iba, y daba una buelta à el circuito de la co-  
cina, y se volvía contenta, pareciendola, que yà havia cum-  
plido con la obediencia.

Solia la Prelada darla dos huevos frescos para que die-  
ra à alguna anciana, ò enferma habitual, que sus años, ò  
su enfermedad pedian de justicia aquel particular socorro;  
y si acafo por descuido gastaba los que la havia dado la Pre-  
lada en el resto de la Comunidad, pareciendola, que no  
cumplia con la obediencia, sino eran huevos frescos, los  
que havia de dár à la necesitada, cogia otros dos, y iba con  
suplicas à la Enfermera, para que los trocara; y si esta le re-  
plicaba diciendo, que los que havia en la enfermeria eran  
para el socorro de las enfermas, con grande sanidad la de-  
cia Sor Clara: Hija de la Virgen los busco, porque la obe-  
diencia me mandò, que fueran frescos, que por lo demás,  
què tiene que hacer la substancia de un huevo añejo, pues  
los frescos no es mas que una poca de agua fucia, y con es-  
tas gracias ganaba la de que le dieran lo que pedia, y se las  
dieran à el Señor de ver tanta sencillez, y tanta obediencia  
en Sor Clara.

En la pobreza, era muy vigilante, y así acontecia, que  
embiando la Excelentissima señora Marquesa de Mancera,  
algunos dias festivos, alguna cosa para la Comunidad, fa-



zonada, no como acostumbra la pobreza Capuchina, sino como pedia la liberalidad, y grandeza de la mano que embiaba el regalo, iba Sor Clara reduciendo à manjar pobre el que venia tan rico, porque le iba quitando, y apartando el aceite que traja, porque decia era falta de pobreza el comer el manjar de aquella manera, quando con aquel aceite se podia sazonar la comida de otros dias. Diò noticia à la señora Marquésa una de sus Damas, que estaba en el Convento, de lo que hacia Sor Clara, y por gracia la embió à mandar por obediencia; que diera la comida à la Comunidad como la embiaba, y esto tuvo por bastante la Venerable Madre para deponer su escrúpulo. En su oficio, y ministerio si solicitaba caritativa, que las Religiosas tuvieran lo bastante para el socorro de su necesidad; tambien procuraba pobre el que no huviera desperdicios, ni faltas en la pobreza.

En la mortificacion fuè tan exercitada, que no solo tuvo la que por su mano hacia, sino que hubo muchas manos que la mortificaran: la que consigo usaba era tan grande en lo que toca à la abstinencia, que era necessario el cuidado de la Prelada para que tomara el sustento; que para mantener la vida toman las demás Religiosas; porque lo que muchas veces hacia la Venerable Madre era, en acabando de distribuir, y administrar la comida à la Comunidad, echaba una taza de agua caliente en la olla de las legumbres, ò donde havia havido legumbres, y solo havia quedado lo que era bueno para fregado, y de esso componia la racion mas de su gusto, hasta que prudente la Prelada pedia en el Refectorio otra racion, y esta la guardaba, y hacia comer à Sor Clara. En la penitencia era tan rigida, que se lastimaba demasiado con el rigor de la disciplina, por lo qual la Madre Abadesa la quitò la aspera disciplina, y en su lugar la diò una de orillos de paño, y queria la candidez de Sor Clara, que la fuerza, y violencia hiciera la mor-

mortificacion que no podia el instrumento, y asi no se oia en el Coro à el tiempo de la disciplina otra cosa que el ruido de los orillos.

Las mortificaciones que su tolerancia llevó de otras manos fueron muchas, porque parece que permitia el Señor el que todos tuvieran licencia para mortificarla; y como su candidez era mucha, la grangeaba ocasiones de padecer, lo qual hacia su humildad con mucha resignacion. En una ocasion fuè el Excelentísimo señor Arçobispo Don Fray Payo Enriquez de Ribera à visitar à las Madres, y como las atendia, no solo con el celo de Prelado, sino tambien con los carinos de Padre, llamó à Sor Clara para informarse de las necesidades que podia haver en el Convento: en esta ocasion, yà experimentadas de otras, previnieron las Religiosas à la bendita Clara, que no avisasse à su Excelencia de cosa, pues de otra manera podian focorrer su necesidad; sin ser molestas à su Prelado. Preguntòla el señor Arçobispo, si faltaba alguna cosa, respondió: Cierro Padre, que no falta nada, porque aun del pecado que embió su Excelencia todavia hay quatro: replicòla el santo Prelado, que si havia otro; y ella respondió; nuestra Madre fabrica lo que he de responder, que yo no sé haya mas. Esta candidez la grangeò una aspera reprehension, y à no haverse interpuesto el mandato de su Excelencia, passaria à penitencia; mas la Venerable Madre como obra con sanidad para la dixo à la Prelada: Cierro Madre, que con tanto cuidado estuve para responder, y que no lo pedi, muy bueno es obedecer, mire como sin pedirle el pecado nos lo ha embiado Dios.

El señor Doctor Don Juan de la Peña Butron sabiendo, y conociendo el gusto que recibia Sor Clara de oír pláticas, y sermones, en haviendo platica la decia à la Madre Abadesa, que no asistiera Sor Clara, sino que se quedasse en la cocina, lo qual llevaba con tal paciencia, que lo atri-



bula su humildad à propria culpa, y decia, que aquello ha-  
cian porque no se aprovechaba dela doctrina.

Mas pesada mano la causò una terrible mortificacion,  
de donde toyo bastante en que mortificarse su paciencia.  
Un dia èl ir con un plato por el Refectorio, estando en  
èlla Comunidad, sin saber como, por ser llano el suelo, de  
repente cayò en la tierra, con tan desmedido golpe, y tal  
estruendo, que se affustaron todas las Religiosas, y mas  
quando la levantaron, y vieron que tenia las narices todas  
partidas, con una herida, que parecia que con un cuchillo  
se las havia dividido de arriba à baxo, y sin saber decir mas,  
ni explicar su trabajo, sino con decir, que la havian derri-  
bado, pero que no vido quien; mas las Religiosas discus-  
rieron bien, que havia sido el comun enemigo de los hom-  
bres, porque era en ocasion que havia entrado una à reci-  
bir el habito, y han experimentado en estas ocasiones las  
Religiosas algunas cosas por donde han conocido lo que  
siente la embidia del demonio el que se acrecienta el nùme-  
ro de Espòsas del Señor en aquel Convento, y espejo de  
perfeccion. No es ponderable lo que en esta ocasion pade-  
ciò; porque desde las once que la acaeciò la fatalidad, has-  
ta la una del dia, no pudieron hallar à el Cirujano del Con-  
vento, para que entrara à curarla; y assi en este tiempo fuè  
muy copiosa la sangre que vertiò por la herida, hasta lle-  
gar à causarla desfmayos; y se hizo mas penosa la curacion,  
porque se enfriò la herida, se entumeciò la sangre, y se hin-  
chò tanto la nariz, que fuè necesario mortificarla mucho  
para reconocer la herida, y darla puntos; todo lo qual to-  
lerò con tal paciencia, que no se le oyò un quejido, ni un  
lamento en todos los dias que durò el curarla, con bastan-  
te admiracion del Cirujano, y de las Religiosas. Acordaba-  
se Sor Clara de los tormentos, y heridas que padeciò Chris-  
to Señor nuestro para nuestro remedio, y esta considera-  
cion la hacia suave el padecer.

## CAPITULO XXX.

## DE ALGUNAS COSAS PARTICULARES DE LA

*Venerable Madre, su ultima enfermedad, y suprema  
fèlix muerte.*

**A**unque lo substancial de la virtud no consiste en visio-  
nes, raptos, revelaciones, y profecias; porque siendo  
sentimientos extraordinarios, puede mezclarse en ellos al-  
gun engaño, y fuera liviandad de corazon el dar luego cre-  
dito à estas cosas; tambien es temeridad el condenarlas sin  
suficientes indicios, y el despreciarlas, quando los efectos  
que dexan, y causan en el alma son virtuosos, y humildes,  
y los fines santos. Por esta comun, y asentada doctrina me  
ha parecido no omitir algunas visiones, y cosas extraordi-  
narias de Sor Clara; pues descubro en ellas santos fines, y  
efectos muy perfectos.

Tenia la Venerable Madre mucha devocion con las  
Animas del Purgatorio, procurando con oraciones, y exer-  
cicios aliviar las penas, que en aquella carcel del Supremo  
Juez padecen; y assi, permitiendolo el Señor por algunos  
fines, buscaban las Almas el alivio particular de los sufrimien-  
tos de la Venerable Madre, como se experimentò en algu-  
nos casos particulares. Uno fuè, que haviendo passado dos  
meses de la muerte de una Religiosa, la dixo Sor Clara à  
otra Religiosa, que la tenia muy triste la Hermana difunta,  
que la encomendasse à Dios, porque estaba padeciendo en  
el Purgatorio; la otra Religiosa considerando, que la di-  
funta Hermana havia sido muy ajustada, y observante de  
la vida religiosa, con admiracion la preguntò à Sor Clara  
la causa del padecer, à que respondió señalando la causa, y  
dixo, que una cosa, aunque acá se tenga por ligera, è imperi-  
feccion, para entrar en la Ciudad Santa, es necesario puri-  
fics